

Es que una grande voz por la noche me ha hablado;
es que quería, en fin, conduciendo la masa
hasta el fin de mi objeto, con el siglo que pasa
poner también de acuerdo el siglo que ha pasado.

El genio necesita un pueblo, cuya llama
anime, alumbre, abrase, como un alma que ama.
Ha de regir un mundo, á modo de tirano;
que cuando el huracán embravecido muge
y encima de las rocas tomó todo su empuje,
nada sobra á su fuerza de todo el Oceano.

Allí puede extender sus alas tremebundo,
sobre un abismo ancho, encima un mar profundo;
allí puede saltar, gigante caprichoso,
y dar vueltas, erguido, en medio la tormenta,
mientras un pie en la tromba seguro le sustenta
y el cielo aguanta rígido con brazo poderoso.

Mayo, 1828.

LIBRO CUARTO

1819-1827

Spiritus fiat ubi vult.

ODA PRIMERA

EL POETA

¡Musa! ¡Contempla á tu víctima!

LAMARTINE.

I

De un mundo que le ignora entre las olas,
el desgraciado agosto á quien devora
su alma, que en paz pase.
¡Respetemos sus nobles desventuras!
¡De su existencia austera,
huid, placeres vanos!
Su palma que se mece
celosa y solitaria,
no puede tener vida
entre las flores vuestras.

Sin añadir á ellos vuestro júbilo,
bastantes males sufre
y cada paso nuevo que le abisma
por sublimes caminos

se cuenta aún por otra desventura.
 Por su juventud llora
 antes de edad huída; y caña humilde
 que se inclina rendida por el peso
 de la inmortalidad es su existencia.

Él llora ¡oh infancia bella!
 tu gracia y tus encantos,
 y tu risa inocente
 y tus cándidas lágrimas;
 tu dicha dulce y brusca
 y lejos de los cielos espaciosos,
 el querido lugar donde reposas;
 y en los ruidosos juegos,
 tu corona de rosas agostada
 si tan sólo tocase
 tu ardorosa cabeza.

Él acusa á su siglo, y á sus cantos,
 y á su lira, y la copa embriagadora,
 en donde, disfrazando su delirio,
 la gloria tan amarga hiel derrama;
 y promesas funestas persiguiendo,
 su corazón, sus votos, y su musa,
 y tantas concesiones celestiales
 que no son ¡ay! el cielo que creía.

II

¡Si al menos, acostado dulcemente
 de la vida en el carro,
 el himno de su triunfo
 y los gritos de envidia
 pasasen sin turbar su dulce sueño!
 ¡Si preparar pudiera su memoria

en el olvido mismo,
 ó cubierto de rayos
 en la gloria esconderte
 como en el sol un ángel!

Pero es preciso en la común arena
 seguir sin descansar la ola gigante
 que le rechaza y la ola que le arrastra.
 Los hombres le detienen en su curso;
 su voz grave y segura
 se pierde entre la vana gritería,
 y su loca soberbia
 mezcla en sus distracciones sin objeto
 el cetro que á su mano pesa tanto.

¿Por qué á ese rey tan lejos de sus reinos
 arrastrar? ¿Qué le importa á aquel gigante
 un cortejo de átomos?

¡Tan sólo es de vosotros de quien huye,
 hijos del mundo! ¿Qué es lo que le importa
 al inmortal vuestro fugaz imperio?

Sin sus cantos humildes,
 sin los sonos vibrantes de su arpa,
 ¿no tenéis todavía
 suficiente ruido?

III

¡Dejadlo en la penumbra
 á donde la luz baja!
 ¿No sabéis que una musa, embelleciendo
 el polvo en donde yace,
 hechiza allí en silencio su fastidio,
 y que, para él dejando
 las eternas fiestas,

la paloma de Cristo
y el águila profética, á menudo
bajan á visitarle por las noches?

Su vigilia temible,
en sus santas visiones,
ve los soles nacies
y las esferas frías
que del cielo en el fondo en tropel pasan,
y siguiendo en el aire
un coro ardiente de ángeles,
busca en lejanos mundos
cuales extrañas formas
el ser universal reviste en ellos.

¿No sabéis que sus ojos
tienen miradas de encendido fuego?
¿No sabéis que la nube
sobre su alma extendida
nunca jamás se ha levantado en vano?
Dorada por la luz y por las llamas
enrojecida, su ala, en un instante,
de la infernal orgía subir puede
al banquete divino.

Dejad, pues, ¡oh mortales temerarios!
muy lejos de vosotros
al que entre sus hermanos Dios marcara
con el signo á la vez funesto y bello,
y que entrevé con su pupila ardiente
más misterios sombríos
que no leen los muertos espantados
en las eternas sombras
bajo la fría piedra de su tumba.

IV

Llega un día en su vida
en que la misma musa,
su arpa suprema armando
de un sacerdocio augusto,
á la tierra, de sangre embriagada,
un poeta le envía,
á fin de que, salvándonos
de nuestra audacia propia,
nos traiga de los cielos
la oración del que es Todopoderoso.

Un formidable espíritu
en su mente descende.
Aparece, y de súbito,
lanzada cual relámpago,
como un fuego chispea su palabra.
Prosternados los pueblos
en tropel lo rodean;
Sinaí misterioso,
los rayos le coronan
y todo un Dios lleva su augusta frente.

Agosto, 1823.

ODA SEGUNDA

LA LIRA Y EL ARPA

Alternis dicetis, amant alterna Camœnæ.

VIRGILIO

*Et cœpit loqui, prout Spiritus sanctus
dabat eloqui.*

Act. Apost.

LA LIRA

¡Duerme, oh hijo de Apolo,
duerme en paz! Sus laureles te coronan;
te adoran como á un rey las nueve hermanas;
los Sueños te rodean
con nebulosos coros
y muy cerca de ti canta la lira.

EL ARPA

¡Despierta, pobre joven,
de la miseria hijo!
Un sueño cierra al día
tu vista oscurecida, y en tu sueño,
tu hermano, un indigente,
inútilmente siéntase á tu puerta.

LA LIRA

Tu edad corta es simpática á la Gloria;
siendo niño, la Musa abrió tus ojos
y ella tu nombre coronó radiante.
Vanamente Saturno te amenaza;
ve, el Olimpo deriva del Parnaso,
los poetas crearon á los dioses.

EL ARPA

Fué una mujer tu madre
que ya lloró sobre tu triste cuna.
¡Sufre, pues, hombre! Tu existencia efimera
brilla y tiembla lo mismo que una antorcha;
Dios, tu señor, trazó con signó austero
tu camino en la tierra,
y señaló tu sitio en una tumba.

LA LIRA

¡Canta! Júpiter reina
y el universo implora,
á Marte abraza Venus
con graciosa sonrisa;
Iris brilla en el aire, y en los campos
brilla la gentil Flora. ¡Canta, canta!
Los inmortales, desde que el sol nace
al instante preciso en que se pone,
en tres pasos recorren todo el cielo.

EL ARPA

¡Ruega! Un Dios hay tan sólo
en su clemencia justo,

que siempre sin cesar rejuvenécese
 por la huida del tiempo.
 Todo se acaba en él y por él nace;
 su ser el mundo llena
 como una inmensa alma,
 y lo eterno palpita en lo infinito.

LA LIRA

Te invita á huir tu hermosa y dulce Musa
 Busca un abrigo plácido y sereno;
 el mortal, cuyo trato
 el que es sabio se evita,
 sufre un siglo de hierro. Ven, y cerca
 de tus lares tranquilos
 verás en las ciudades, desde lejos,
 cual ruge la Discordia de cien voces.
 ¡Qué le importa al dichoso solitario
 que devaste la tierra el austro ardiente,
 si sus bosques no agita ni tan sólo!

EL ARPA

Dios, por el que se expía todo crimen,
 marcha con quien le sirve.
 Como Juan, cuando vino del desierto,
 ante la muchedumbre se descubre;
 ve, pues, habla á los pueblos
 de la tierra intranquila,
 diles que la tormenta que rebrama
 al juez irradísimo revela,
 y para herir mejor su atento oído,
 que tus voces se eleven, semejantes
 al rumor de una urbe.

LA LIRA

El águila es el ave
 del Dios al que se adora antes que á todos.
 Desde el Cáucaso al Atos,
 el águila, cerniéndose en el aire,
 rey del fuego ardoroso que fecunda
 y del fuego instantáneo que devora,
 contempla el sol y vuela
 por encima del rayo.

EL ARPA

Desciende la paloma
 del cielo que suspenso la saluda,
 y al Espíritu Santo
 velando bajo su mirada ardiente,
 lo mismo ama al anciano preferido
 que á la elegida ruborosa virgen;
 un ramo al arca lleva
 y anuncia un Dios al mundo.

LA LIRA

¡Ama! Eros reina en Gnido,
 en el Olimpo y Tártaro;
 ilumina su antorcha
 de la costa de Sestos
 el faro sonriente;
 consume á Ilión de Paris por la mano.
 Tú de hermosa en hermosa huye, y cambia
 con sus encantos; el Amor engendra
 lágrimas solamente. Los Amores
 sólo son los hermanos de las Risas.

EL ARPA

Los amores divinos
nos prohíben los odios infernales;
para tu alma pura
busca un alma de virgen.
¡Ámala! Jehová á Israel amaba;
dos seres que en la sombra
une un santo misterio,
pasan sobre la tierra, enamorados,
como dos desterrados de la gloria.

LA LIRA

¡Goza! El río moviente de los vivos
para al fin en el río de las sombras.
El sabio, cuando tiene días tristes,
á los dioses los echa ó á los vientos,
y cuando la imprevista muerte llega
cual pálido y callado convidado,
desde su triste cama
las dos manos le tiende,
y sonriendo de lo que él ignora,
se duerme, abandonándose
en la noche sin término,
soñando en un mañana placentero.

EL ARPA

Sostén á tus hermanos que vacilan;
si les ves sufrir, llora.
Vela con gran cuidado, ora con celo;
vive siempre la muerte recordando.
Cree el vil pecador, cuando sucumbe,
que en la tumba hay la nada,

cual dentro de sí la encierra
la voluptuosidad; mas cuando el ángel
impuro le reclama, se horripila
al ver que un alma tiene,
y ante lo eterno tiembla estremecido.

* * *

El poeta, en su aurora todavía,
escuchaba admirado
las dos lejanas voces
que del cielo bajaban;
y á intervalos, más tarde,
todavía muy débil,
al eco del Parnaso murmurando
un himno del Carmelo.

Abril, 1822.

ODA TERCERA

MOISÉS EN EL NILO

Al propio tiempo la hija de Fa-
raón fué al río para bañarse, acom-
pañada de sus doncellas, que anda-
ban á lo largo de la ribera.

ÉXODO.

«¡Venid, hermanas mías!
Al calor inicial del día nuevo

son las ondas más dulces y más frescas;
 aún en su morada
 el segador reposa,
 desierta está la orilla todavía,
 apenas un murmullo imperceptible
 se levanta de Memfis,
 y bajo esos espesos bosquecillos,
 nuestros castos placeres
 no tienen más testigo que la aurora.

»En el viejo palacio de mi padre
 todas las artes brillan;
 pero estas orillas,
 salpicadas de flores,
 hechizan más mi vista
 que un estanque de oro reluciente
 ó una fuente de pórvido;
 estos cantos aéreos
 son siempre mis conciertos favoritos;
 prefiero á los perfumes
 que bajo nuestros techos se evaporan
 el sople embalsamado de la brisa.

»¡Venid, hermanas mías!
 ¡Está tan quieta el agua
 y el cielo está tan puro!
 Dejad que floten sobre esos zarzales
 los pliegues azulinos
 de vuestras finas túnicas;
 desatad mis coronas
 y estos celosos velos,
 que, en el seno de la onda murmurante,
 retozar con vosotras hoy ansío.

»¡Démonos mucha prisa!
 Pero... ¿qué es lo que veo

entre las vagas brumas de la aurora?...
 Mirad el horizonte indefinido.
 ¡No temáis nada, tímidas doncellas!
 Sin duda será el tronco de una palma
 que desde los desiertos
 al mar lleva la ondá...
 ¡Tal vez venga á mirar estas Pirámides!...

»¿Qué digo? Si mis ojos indecisos
 no son objeto de un extraño engaño,
 es la barca de Hermes
 ó la concha de Isis
 á las que impele una ligera brisa.
 Pero no, es un esquife,
 donde, en dulce reposo,
 á un infante distingo
 dormitando en el seno de las olas
 cual se duerme en el seno de una madre.

»Sueña; desde muy lejos,
 en su flotante lecho al contemplarle,
 creeríase que boga sobre el río
 el dulce nido de un palomo blanco.
 Del céfiro al impulso caprichoso,
 en su cama infantil camina incierto;
 balancéalo el agua
 mientras duerme tranquilo y sonriente
 y el moviente, espumoso precipicio,
 en su tumba parece que lo mezca.

»¡Oh vírgenes de Memfis!
 ¡Acudid que despierta, grita y llora!
 ¡Oh! ¿Qué madre ha podido
 entregar á su hijo idolatrado
 al voluble capricho de las ondas?
 Ved. Sus brazos extiende.

Las aguas por doquier se arremolinan;
no tiene otra defensa
que de las olas pueda resguardarle
que una cuna de juncos debilísimos.

»¡Salvémosle, oh hermanas!
Tal vez es de Israel un pobre niño.
Mi padre proscribiólos;
¡es bien cruel mi padre
en proscribir así á los inocentes!
¡Oh pobre, débil niño! Sus desgracias
mi amor emocionaron;
¡yo quiero ser su madre!
Me deberá sus días
ya que su nacimiento no me deba.»

Así, de un rey potente la esperanza,
habló la joven Ifis,
cuando á orillas del Nilo
su inocente cortejo
proseguía su curso vagabundo,
y cuando la heredera de los reyes
todos sus velos de oro se quitaba,
creíanse las jóvenes beldades,
á las que ella ofuscaba todavía,
contemplar á la hija de la onda.

Bajo sus pies purísimos
el agua se estremece,
y temblando en su marcha
por el niño que llora temerosa,
la compasión la guía;
ya ha cogido el esquiife;
orgullosa de aquel precioso peso,
por vez primera en su radiosa frente
ve mezclarse el orgullo

al pudor candoroso.

Dividiendo las ondas prontamente
y las cañas rompiendo,
á la orilla de arena humedecida
lleva con lentos pasos
al niño que ha salvado de las aguas;
y una tras otra, sus hermanas todas
depositan un beso ruboroso
sobre la frente del recién nacido,
mostrando su sonrisa
á sus ojos abiertos y asombrados.

Tú, que desde muy lejos,
en dudas crudelísimas,
seguías con los ojos á tu hijo
por quien velaba el cielo, nada temas;
y acude que, apretando entre tus brazos
á Moisés, tus transportes
ni tus llantos traición pueden hacerte;
porque, al fin, la princesa
no es madre todavía.

Entonces, mientras plácida, dichosa
y con paso triunfante,
la virgen conducía
el niño humilde al Faraón soberbio,
por las maternas lágrimas bañado,
se oían en los cielos luminosos
los ángeles á coro que, cubiertos
ante Dios con sus alas,
entonaban los cantos eternos:

«¡Jacob! No te lamentes
ya más desde tu tierra de destierro;
no mezcles más tu llanto